

PROGRAMA DE PÓS-GRADUAÇÃO EM HISTÓRIA-PPGH/UNIRIO
PROCESSO SELETIVO DISCENTE - DOUTORADO
EDITAL N. 11/2022

PROVA DE COMPREENSÃO DE TEXTOS EM LÍNGUAS ESTRANGEIRAS -
ESPANHOL

No texto reproduzido abaixo, fazer a tradução para o português dos trechos sublinhados.

(...) “Dolor” fue la palabra clave, y mantiene a su vez una relación estrecha con el término “condolencia”, que deriva de la acción “condolerse”, es decir, “compartir un dolor”, el cual solía emplearse en plural (“condolencias”) para referirse a la participación en un dolor ajeno. “Mis condolencias” aparece en telegramas y tarjetas de pésame, pero si, siguiendo a Rosenweim, se analizan la frecuencia, las palabras que articulan las frases y cuáles aparecen asociadas con el sentir individual, se advierte que la palabra hegemónica para comunicar la emoción por la muerte fue “dolor”. Fue una palabra que también el peronismo reclamó para sí y que integró tempranamente a su discurso político. No solo se diferenció del orden liberal previo para denunciar su corrupción política y económica, sino también su inhumanidad.

A partir de 1945, lo hizo a través de Eva quien, además, no cesó de repetir su vocación de “mitigar el dolor” de los humildes. Con esta frase, Eva se apoderaba y empoderaba los dolores populares, pues, como sostiene Joanna Bourke, enunciar cuál dolor es auténtico es una cuestión de poder. Su propio dolor físico y las intervenciones a su cuerpo para aliviarlo fueron parte de las conversaciones y especulaciones públicas que acompañaron su agonía y estimularon la movilización y vigilia colectiva. Más aún, desde la retórica oficial, el dolor de Eva y su posterior muerte fueron presentados como pruebas de su sacrificio para redimir el dolor popular.

(...) Eva construyó su rutilante carrera política acompañada de un discurso emocional y una política de las emociones en las que el dolor ocupó un lugar central.

Con sus variantes expresivas, como la pena, el llanto, los sollozos y las lágrimas; el dolor y sus metáforas también eran parte del lenguaje popular y de las formulaciones de la cultura de masas. Los folletines, los melodramas, los boleros, el tango, los radioteatros y el cine eran un “diccionario y una gramática de la sentimentalidad” que, además de ser utilizada por el gobierno peronista, ofrecía guiones para la educación emocional de la población. En una bella construcción poética, que parece arrancada de un bolero, los Arrieta envían un telegrama al subsecretario de Informaciones del Estado, Raúl Apold: “Hubiera querido hallarte en estos momentos para depositar en ti este dolor que sentimos”. Una intención similar de escribir lo que siente, pero con un impacto más visible de la propaganda oficial, manifestó José Cabral. Su impulso de escribir, confesó, es:

Un sincero imperativo que fluye de lo más íntimo de mi alma: expresarle mi profundo sentimiento de incontenido dolor, por el fallecimiento de la señora EVA PERON, protectora de los humildes y que abrió nuevas luces para el pueblo de la patria. Por eso y porque sé de su amistad creo mi deber enviarle la presente carta.

El historiador William Reddy llamó emotives a las expresiones afectivas que representan el intento de un individuo de traducir sentimientos internos a través de convenciones culturales. Los emotives son construcciones, creaciones que intentan decir lo que se siente; no son solamente emisiones lingüísticas, sino que crean al decir, y es allí, sostiene Reddy, donde se produce asimismo la navegación de las emociones. Es lo que hicieron los Arrieta y Cabral y también, por ejemplo, Iris Marga. La “gran dama del teatro”, como se le conoció, apeló a distintos soportes materiales y expresiones afectivas para intentar comunicar su experiencia emocional por la muerte de Eva. La actriz fue copartícipe del telegrama de pésame enviado por la Asociación Argentina de Actores y, como vocal del Ateneo Eva Perón, asistió —y posiblemente participó en los preparativos— al funeral que el Ateneo tributó a la extinta en la iglesia de La Merced de la ciudad de Buenos Aires. También fue al velorio el 30 de julio, y el 1 de agosto envió una carta al subsecretario Apold. Escrita a mano, con tinta azul y letra muy cuidada, la epístola inicia con una duda que deviene en una afirmación. Tras una escritura formal en el encabezado, por el uso de “Don” y “mi estimado”, prosigue:

Muchas veces en el transcurso de mi vida (tenía 51 años) me he preguntado si no sería mejor dar rienda suelta a los propios impulsos saltando por sobre todos los protocolos establecidos. Hoy pienso que, si así lo hubiera hecho ayer, cuando lo vi de lejos (en el velorio), y me hubiera confundido en un estrecho abrazo con Ud., nadie podría condenar el que yo buscara en su amistad sincera y buena mitigar este dolor que no cede, esta falta de resignación que no llega.

(...) Luego de compartir con Apold su “dolor que no cesa”, pide disculpas por las “deshilvanadas palabras”. Sin embargo, el “desorden”, como califica a su escritura tal vez por su estado emocional, no la inhibe de usar “palabras tan simples como tan verdaderas”. Desea que el subsecretario, cuyo dolor da por sobreentendido, pues lo considera un deudo, “¡alcance el consuelo necesario para seguir adelante con la obra! Ella así lo querría. Ella así lo quiere, porque para nosotros Ella no fue.

Sandra Gayol, “La muerte al instante: telegramas y notas de pésame en la Argentina peronista”. **Trashumante. Revista Americana de Historia Social**, v. 18, 2021, p. 168-189.